nas. Se tocaba con la mano su espléndido desenlace; lo que Dios prometió estaba realizado. La Iglesia de Francia estada allí, á la vista de todos, viva, ferviente, renovada y radiante al fuego del Sagrado Corazón. La Bienaventurada subía á los altares; el Corazón de Jesús reinaba á pesar de todos sus enemigos, iluminando al mundo.

Después de tres días de santo entusiasmo, se llevó el cuerpo virginal de la Bienaventurada á la capilla de la Visitación: allí es donde ahora reposa nuestra humilde Margarita María. Se la depositó en una caja espléndida, bajo el mármol blanco del altar, en el sitio mismo en que se le apareció Nuestro Señor Jesucristo. Cincuenta y tres lámparas derraman su luz sobre este altar convertido en sepulcro, ardiendo noche y día en honra de la humilde sierva de Dios y de su divino Esposo. Cuando el peregrino visita ese altar, se detiene involuntariamente conmovido. Esos dulces misterios realizados allí, por una parte, esa virginidad, esa ternura, esa sed de inmolación, ese desprendimiento celeste, por otra, la condescendencia, la misericordia, el amor infinito y los afectos divinos, encantadores, sublimes del drama desempeñado en ese altar, son cosas todas que llegan al alma y se contemplan en silencio largas horas. Hay acá en la tierra sitios singularmente venerables; pero como éste, muy pocos tan tiernos y tan augustos.

CAPITULO XVIII

EXPLOSIÓN INESPERADA Y MARAVILLOSA DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS EN MEDIO DE LAS DESDICHAS DE FRANCIA.—LA SEGUNDA PARTE DE LA MISIÓN CONFIADA Á LA BIENAVENTURADA CAMINA Á SU REALIZACIÓN.

(1870-1874)

Abner.—El arca santa está muda,
ya no pronuncia oráculos.
Joad.—¿Qué tiempo fué jamás tan
fecundo en milagros?
¿Acaso, pueblo ingrato, te encuentras ahora ciego?
(RACINE, *Atalía.*)

Si la primera parte de la misión confiada á Margarita María estaba ya cumplida, no sucedía lo mismo con la segunda. La palabra dirigida al Papa y á la Iglesia fué oída y ejecutada; la palabra para el rey y para Francia fué despreciada. Ni Luis XIV ni Luis XV se dignaron atenderla, y los gemidos de Luis XVI cautivo se habían perdido en el vocerío y las blasfemias de la revolución. Así, mientras que la Iglesia de Francia se fecundaba á los benéficos y calientes rayos del Sagrado Corazón produciendo preciosos frutos de fe, de caridad, de pureza, de apostolado y de martirio, la sociedad civil y política se extra-

viaba cada día más y más. En vano otorgaba Dios á la Francia del siglo XIX los más preciosos dones de ingenio, de elocuencia, de ciencia, de gloria, á semejanza del enfermo que rehusa el único remedio que pudiera curarle; los males de esa sociedad aumentaban sin cesar. Arrancada por una revolución utopista é impía á su antigua constitución nacional y cristiana, fruto de la experiencia de quince siglos, no ha podido después volver á sus quicios. Alternativamente ha ensayado el imperio, la monarquía constitucional, la república, para volver después al imperio y caer de nuevo en la república, siempre agitada é inquieta, hasta que al fin, cansada de todas las constituciones y no sabiendo cuál escoger, se conforma con un régimen provisional, mostrando así al mundo la más grande impotencia de que habla la historia.

Al mismo tiempo siente rugir en su seno las pasiones más terribles. Lo que antes se ocultaba vergonzante en los pliegues más íntimos del corazón culpable, á saber, el orgullo, la envidia, la codicia del bien ajeno, contenidos por el poder de la conciencia cristiana, se ostentan hoy en público, se asocian y se convierten en ejércitos. El cañón de las guerras civiles que no rugía en Francia desde Enrique IV, ni se escuchó en el siglo XVI ni aun en el XVIII, ha retumbado en el XIX; primero tres días en 1830, dos veces en 1848, y durante seis semanas en 1870. A medida que se avanza, de quince en quince años la guerra fratricida adquiere proporciones más vastas y más odiosas.

La Francia duerme sobre un volcán próximo á estallar, y no falta quien atice sus fuegos interiores. Los grandes ingenios como Lamartine, Thiers, Michelet y Víctor Hugo glorifican á Robespierre, declaran inocente á Marat, disculpan el asesinato de Luis XVI y hasta lo consideran como un acto patriótico. Los sabios emplean su erudición, sus descubrimientos y aun los recursos mismos del Estado en sostener que no hay ni Dios, ni alma, ni espíritu viviente é inmortal; que todo se reduce á la materia, y que las ideas de bien, de mal, de vicio, de virtud, de libertad, de responsabilidad, son palabras antiguas dignas de desprecio, lo mismo que aquellos de quienes las aprendimos. Los industriales, los grandes propietarios, los directores de trabajos públicos, no omiten medio alguno para arrancar á Dios y toda idea religiosa del corazón del obrero, del trabajador, del pobre; ¡excelente medio de hacerlos hombres castos y respetuosos al derecho ajeno! Los poetas, los novelistas, los dramaturgos, trabajan día á día en corromper el teatro. Las grandes señoras parece que echan de menos los felices días de la Montespán, de la Pompadour, de la Du Barry, y no teniendo ya á la vista tan ilustres modelos, se dedican á imitar los modales, los trajes y hasta el lenguaje de ciertas cortesanas. Las costumbres se corrompen, los espíritus desfallecen, los caracteres se apocan, y la fealdad física y moral lo invade todo. Y durante estos tiempos nefastos, nuestros hombres públicos sólo se ocupan en impedir que Dios y la religión ejerzan influencia alguna en la sociedad.

¡Los bárbaros se acercan, pues; su hora ha sonado! ¡Que el soplo de la Providencia los despierte en sus madrigueras, que los arranque de sus aduares; que se levanten, y que descarguen sobre Francia un castigo ejemplar!

De él hablará la historia largo tiempo, pintando á la reina de las naciones acostumbrada á vencer y siempre

vencida; levantándose veinte veces con un heroísmo que no conocieron sus vencedores, y cayendo veinte veces en el polvo; todos los consejos trastornados; los caudillos impotentes ó muertos; los elementos convirtiéndose contra nosotros, para hacernos ver de dónde nos venía la derrota; y en siete meses de lucha Francia, perdiendo hasta el último destello de su genio, hasta el último rayo de su dicha!

Y como si se necesitara que en esta nación todo fuese extraordinario, aun sus mismas desdichas, en el momento en que terminó aquella guerra espantosa y era ya preciso deponer las armas, París arde súbitamente en llamas fratricidas: nuestros monumentos, nuestros palacios, nuestras bibliotecas, nuestros museos, son demolidos por manos francesas; turbas feroces roban y pillan á la luz del incendio; profanan los templos, fusilan á los Obispos, á los sacerdotes, á los magistrados, á los soldados del ejército, y desde las alturas vecinas de Mont-Valerien, de Vanves y de San Dionisio, los prusianos ven y aplauden el incendio de la gran capital, que no pudieron tomar por asalto.

He aquí lo que la historia habrá de narrar, reconociendo en tan espantosos desastres el dedo de Dios, como en la caída de la antigua Roma.

Muy pronto, de tan trágicas escenas surgirá un espectáculo más solemne aún y más grandioso. Esta Francia vencida, moribunda, humillada en veinte campos de batalla, se dividirá en dos Francias: una hinchada siempre y frívola, que busca en las combinaciones de la política, en las recriminaciones y en los destierros un remedio á sus males, ó al menos un consuelo, la prueba de que no fué culpable; la otra, que se hiere el pecho,

que pide perdón, que alza los ojos al cielo y que, para estar más segura de apartar los rayos que vibran en la mano de Dios, en vez de besar sus pies y de regarlos de lágrimas, sube atrevidamente hasta su Corazón.

¡Cosa admirable! este recurso al Corazón de Jesús, que en 1793 se presentó espontáneamente y como por instinto á todas las víctimas, se presentó también á todos los vencidos en 1870. Ese pensamiento, adormecido por espacio de sesenta años en el corazón de Francia, se despertó á la siniestra luz de nuestras derrotas en tantos puntos á la vez y sin previo acuerdo, que es imposible no reconocer aquí la mano de Dios, que cual padre lleno de ternura, presenta á su hijo enfermo el remedio que ha de sanarle.

El primer hecho que vamos á referir bastaría por sí solo para mostrar la mano misericordiosa de Dios. En los últimos meses de 1870, cuando todos nuestros ejércitos eran destruidos ó inutilizados en los muros de Metz y de París, por mil puntos á la vez se levantaban guerrillas de voluntarios. Eran distintos sus nombres y sus banderas; pero ¿qué importaba, si ya no existía razón alguna de exclusivismo y había llegado la hora de apelar á la abnegación de todos los hijos de Francia? Los zuavos pontificios fueron los primeros en ofrecer su espada; los vendeanos se alistaron á las órdenes de Catherineau; los bretones se organizaron en tiradores, y todos ellos, sin previo acuerdo, ostentaban en su pecho la imagen del Corazón de Jesús: aquéllos, porque era el emblema que Pío IX había bendecido y les dió antes de la jornada de Mentana; éstos, como un recuerdo de sus padres: Enrique de la Rochejaquelein, Lescure, Bochamps, Charette, todos en memoria de las

consoladoras y proféticas revelaciones de Paray. El resultado hizo ver que el Corazón de Jesús, colocado sobre el pecho del soldado de Francia, le comunicaba un valor heroico.

Pocos días después, el 1.º de Diciembre de 1870, dos oficiales superiores se dirigieron durante la noche hacia Paray, donde la mañana siguiente iba á hacer Francia su postrer esfuerzo. Uno de aquellos jefes era el general de Soins, comandante del 17.º cuerpo de ejército, el otro, el coronel Charette, que mandaba á los zuavos; ambos caminaban profundamente conmovidos por la solemnidad de la hora y por la certidumbre de que, sin un socorro extraordinario de Dios, Francia sucumbiría del todo. Tan cruel era el frío, que no pudiendo caminar á caballo, continuaron á pie, y el general manifestó á M. de Charette el sentimiento de que su bandera no llevara un emblema religioso más característico. "Mi general, respondió el coronel, yo puedo ofreceros lo que deseáis." En seguida refirió que el mismo día en que había recibido del gobierno francés la autorización de combatir á la cabeza de los zuavos á condición de que tomarían el nombre de voluntarios del Oeste, le había llegado una bandera en la que estaba pintado el Corazón de Jesús, con esta inscripción: *A los defensores del Oeste*. Supo más tarde que esa bandera había sido bordada en Paray por las religiosas, remitida desde luego á París y en seguida á Tours con la esperanza de que flotase en los campos de batalla. El general de Soins vió esa bandera como una inspiración de Dios, y fué adoptada como lábaro y oriflama de los zuavos. Sólo que, para no crear dificultades, se convino en no desplegarla sino hasta el momento en que pudiese recibir el bautismo de fuego, á fin de que Francia no la viera sino cuando ya estuviese teñida y consagrada, por decirlo así, con la sangre de sus hijos. Era seguro que, después de la batalla, esa bandera, victoriosa ó vencida, jamás llegaría á pasar delante de un ejército francés, sin que dejaran de inclinarse, saludándola, todas las espadas.

Al día siguiente, 2 de Diciembre de 1870, primer viernes de mes dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, se celebró una Misa á las tres de la mañana. El general de Soins, el coronel Charette, la mayor parte de los oficiales y muchos soldados, se acercaron á la mesa Eucarística para aprender del Corazón de Jesús á sufrir y á inmolarse. En seguida se trabó el combate, y á pesar de la desproporción de ambos ejércitos, permaneció indecisa la victoria hasta las dos y media de la tarde; pero desde esa hora los refuerzos enemigos se sucedían sin interrupción, y era preciso, á menos de un esfuerzo heroico y feliz, pensar ya en la retirada. El general de Soins tomó su resolución, y organizando una columna de ataque, trató de lanzarla contra la aldea de Loigny. Dos regimientos se detienen y rehusan avanzar; en estas circunstancias, el general no vacila ya; corre adonde estaban los zuavos y exclama: "Señores, ha sonado la hora de mostrar lo que saben hacer los franceses y los cristianos. ¡Adelante!" Un grito de entusiasmo responde á estas palabras; el sargento Federico de Verthamon avanza cincuenta pasos á la cabeza del batallón desplegando el estandarte del Sagrado Corazón, y todos se precipitan á los gritos de "¡Viva Pío IX! ¡Viva Francia!" Era preciso atravesar un largo espacio de terreno bajo el fuego espantoso de la fusilería, y los

zuavos pasan por él, serenos, en buen orden, y sin disparar ni un solo tiro. Al llegar enfrente del bosque rompen el fuego, se lanzan á la bayoneta, rechazan á los prusianos, penetran en la aldea, y plantan sobre las posiciones abandonadas por el enemigo la bandera del Sagrado Corazón, en medio de una nube de polvo que les envuelve *como una nube de incienso.*

Mas entonces el enemigo advierte que es pequeño el número de franceses; se repone de su sorpresa, llama á la reserva, y organiza sus deshechas filas. Después de haber admirado los prusianos á los zuavos por su arrojo, ha llegado la hora de que los admiren por su heroísmo. El general de Soins, Charette y Troussuren caen al lado de la bandera del Sagrado Corazón, que servía de blanco á los proyectiles enemigos. Verhtamon, que la enarbolaba, muere empapándola en su sangre. El conde Bouillié recoge en el acto esa bandera, y herido de muerte, la entrega á su hijo el conde Santiago de Bouillié, quien, después de conservarla enhiesta algún tiempo, sucumbe también. Le Parmente, que le reemplaza, está herido en una mano, y entrega el pabellón al sargento Landeau, que lo guarda lleno de sangre y agujereado en varias partes. Casi todos los zuavos son acribillados á balazos y *caen en el Corazón de Jesús,* proyectando en el campo de batalla un rayo purísimo de gloria que recuerda los tiempos heroicos de las cruzadas.

Al siguiente día Orleans cayó en poder de los prusianos, y los pocos zuavos que aún quedaban fueron á sacrificarse en Mans para cubrir la retirada de Chanzy. Cinco meses después París se rendía, la guerra terminaba y los zuavos fueron licenciados. Antes de separarse quisieron, al despedirse de su bandera, decretarle una suprema ovación y ejecutar un acto que les había sido inspirado por los últimos sucesos. Se reunieron, pues, en Rennes, en un templo, y allí, durante el Santo Sacrificio, en el momento de la Comunión, la bandera del Sagrado Corazón hizo su entrada solemne y fué colocada al pie del altar. M. de Charette y sus oficiales se agruparon en torno de ella, y el capellán en jefe, Mons. Daniel, leyó de rodillas un acta de consagración al Corazón de Jesús, redactada y enviada por el general de Soins que, por sus heridas, no pudo concurrir. En seguida el general de Charette pronunció en voz vibrante las palabras siguientes:

"A la sombra de esta bandera, teñida con la sangre de nuestras más queridas víctimas, yo, el general barón de Charette, que he tenido el insigne honor de mandaros, consagro la legión de los voluntarios del Oeste, los zuavos pontificios, al Sagrado Corazón de Jesús; y desde lo íntimo de mi corazón y con toda mi alma, digo y os invito á que exclaméis conmigo: *¡Corazón de Jesús, salva á la Francia!*"

Así terminó este episodio heroico de nuestras tristes guerras. Era la segunda vez, desde la oriflama de las cruzadas, que una bandera religiosa aparecía en los campos de batalla. La primera la llevaba Juana de Arco, la segunda fué conducida por los zuavos.

Mientras que tales sucesos pasaban en el campo de batalla y se cumplía de modo tan maravilloso y al mismo tiempo tan inesperado la palabra de Nuestro Señor á la Bienaventurada: "Quiero que la imagen de mi Corazón sea grabada en los estandartes de Francia", otra palabra de Nuestro Señor se realizaba de una manera

aún más imprevista. Diversos seglares piadosos, hijos de París, lamentaban los desastres de Francia y buscaban el medio de darles término. Inesperadamente les vino la inspiración de hacer el voto solemne de construir un día, en el centro de París, una iglesia consagrada al Corazón de Jesús. En el momento redactaron el acta respectiva, en la cual se leen estas palabras:

"En presencia de los desastres que están desolando á Francia, y de las desdichas, mayores acaso, que aún la amenazan;

„En presencia de los atentados sacrílegos cometidos en Roma contra los derechos de la Iglesia y la Santa Sede, y contra la persona sagrada del Vicario de Jesucristo;

„En expiación de nuestros pecados, para ser perdonados de ellos por la intervención misericordiosa del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo y obtener por ella misma los socorros extraordinarios que pueden librar de su cautiverio al Sumo Pontífice, hacer que cesen las desdichas de Francia y logre su renovación religiosa y social; cuando esos beneficios se nos hayan concedido, ofremos contribuir á la erección en París de una iglesia consagrada al Corazón divino de Jesús, erección que se solicitará de la autoridad eclesiástica competente.„

Los signatarios de esta acta, ¿recordaron acaso la revelación hecha á la Bienaventurada? Tal vez la ignoraban como los vendeanos en los campos de batalla y los voluntarios del Oeste en Paray. Mas ALGUNO la recordó en vez de ellos.

Concluida la guerra, no olvidaron su voto, y lo primero que hicieron fué dirigirse al Arzobispo de París

para someterle el proyecto que habían concebido y pedirle su bendición para ejecutarlo. La Sede de San Dionisio estaba entonces ocupada por Mons. Guibert, que acababa de reemplazar á Mons. Darboy, ilustre víctima de la *Commune*. El Prelado, inteligente y piadoso, comprendió desde luego la grandiosidad cristiana de tal pensamiento, y no contento con otorgar la autorización que se le pedía, resolvió cooperar con todas sus fuerzas á la realización del proyecto. En consecuencia, se dirigió á todos los Obispos de Francia solicitando su ayuda. La obra misma tomaba ya nuevas proporciones. Lo que al principio no debería ser más que una capilla, una iglesia pequeña, emanada de la iniciativa de unos cuantos, iba á convertirse en una iglesia nacional, construida con el dinero, el concurso y el corazón de Francia entera.

Restaba designar el sitio. Cuando se examina el plano de París, se nota al Septentrión una montaña célebre, no solamente por los tesoros geológicos que enciera en sus costados y que constituyen, por su composición misteriosa en medio de ese vasto estanque del Sena, una maravilla inexplicable aún á la ciencia, sino célebre, sobre todo, porque desde remotos tiempos ha sido siempre un lugar santo. Allí fué donde San Dionisio, que venía á evangelizar las Gaulas, encontró los más famosos ídolos y los destruyó; allí sucumbió á la rabia de los paganos, consagrando y transfigurando con su sangre esa montaña; allí, en el mismo lugar de su martirio, se elevó esa ilustre iglesia, construida y reconstruida de año en año, consagrada en el siglo XIII por Inocencio III, y á la que se ha visto acudir en peregrinación á todo cuanto París ha poseído de hombres eminentes en santidad;